



APÉNDICE ⁽¹⁾

La dicha de glorificar á un humilde Párroco de aldea estaba reservada, dice un moderno biógrafo de Vianney, á uno que fué también Cura de aldea en sus primeros años de sacerdocio. El 4 de Agosto de 1903 ¡feliz coincidencia! á la misma hora en que se cantaba en Ars gran Misa solemne para celebrar el 44.º aniversario de la muerte dichosa de Juan Bautista María Vianney, en Roma el antiguo Cura de Tombolo era elegido Papa y tomaba el nombre de Pío X.

El 26 de Enero de 1904 el nuevo Pontífice presidió la Congregación que no había podido presidir su ilustre predecesor, siendo relator de la Causa de Beatificación y Canonización del Venerable Vianney el Cardenal Mathieu. En ella se iba á tratar de los dos hechos milagrosos, presentados al efecto de poder ser Beatificado. Era el uno la

(1) Añádese este Apéndice en la presente edición, por contener sucesos posteriores al año en que termina la relación del autor, y por ser muy interesante en la Vida del santo Cura de Ars.

curación del jovencito León Roussat, enfermo de epilepsia. Fué llevado en 1862, desde San Lorenzo-les-Maçon al sepulcro del Venerable, con un brazo paralizado, la voz extinguida, sin poder articular palabra, la respiración dificultosa, y sin poder salivar. Cuando se le retiró del sepulcro, pudo ya con su propia mano dar limosna á un pobre; sus piernas recobraron su vigor, y al terminarse la Novena que comenzó en honor del Venerable, el jovencito habló libremente, sin haber tomado medicamento ninguno material. El otro hecho era la curación de la joven Adelaida Joly, enferma en un hospital de Lyon, en una casa de las Hermanas de la Caridad. Venía padeciendo en Febrero de 1861 un tumor blanco, ó artritis, en un brazo. Cuando los médicos habían declarado inútil todo tratamiento científico, se la aplicó un cordón que había pertenecido al Venerable, y el mal desapareció por completo. La Congregación dió un voto favorable, y el Soberano Pontífice, al promulgar en 21 de Febrero siguiente un Decreto reconociendo que estas dos curaciones milagrosas bastaban para Beatificarle, declaró sin duda alguna al humilde Cura de Ars como modelo del Clero parroquial del mundo entero.

El 8 de Septiembre de 1904 se publicó el siguiente

BREVE DE BEATIFICACION DEL CURA DE ARS

PIO, PAPA X

PARA PERPETUA MEMORIA

La Divina Providencia ha dispuesto siempre que en ningún tiempo falten en la Iglesia varones santos, para que haya ejemplos ilustres que imitar, y para confirmar por modo elocuente la verdad de la Religión católica, no menos que su virtud y eficacia. Entre estos varones deben muy bien contarse individuos de Ordenes religiosas, sacerdotes seculares, y entre éstos, aquellos que, habiendo ejercido con sumo cuidado el cargo parroquial, sacrificaron con valor su vida por la grey á ellos encomendada. Y en estos últimos tiempos ha adquirido una gloria singular el Venerable Siervo de Dios Juan Bautista María Vianney, muy conocido vulgarmente con el nombre de Párroco ó CURA DE ARS; el cual, aunque pasó la vida en un lugar humilde y casi oculto, se halla aún hoy como vivo, no sólo en la memoria, sino también como en presencia de todos. Nació en la aldea llamada Dardilly, de la diócesis de Lyon, el 8 de Mayo de 1786, recibiendo en el mismo día el Santo Bautismo, en el que se le dieron los felicísimos nombres de Juan y María. Fueron sus padres Mateo Vianney y María Belusa, consistiendo todos sus bienes de familia en los propios de un labrador; los cuales, distinguiéndose por sus prácticas religiosas, como también por su constante caridad para con los pobres, educaron á Juan desde niño en la oración continua, en el horror al pecado y en honrar con amor dulcísimo á la Virgen Madre

de Dios. Siendo Juan pastor de ovejas, contemplaba con suma atención la naturaleza, adoraba á Dios, Creador de todas las cosas, y haciendo sus rezos ante una pequeña imagen de María Santísima, que su madre le había dado, con la palabra y con el ejemplo excitaba y movía á los demás pastores á hacer lo mismo. Procuraba con gran interés asistir diariamente al Santo Sacrificio de la Misa; y cuando por las malas circunstancias de aquella época no podía haber Misa en su pueblo, á pie andaba, y esto era frecuente, largo camino hasta la próxima villa de Ecully, por no privarse de tan gran consuelo. A la edad de trece años logró ver satisfecho un deseo ardentísimo de su corazón, recibiendo en la iglesia de este último pueblo, por vez primera, la Sagrada Comuni6n, llenando á todos de admiraci6n su piedad é inocencia angelical. Es imposible expresar los frutos copiosísimos que sacaba Juan del celestial banquete: en medio del trabajo su alma permanecía orando al Señor; siempre que podía, rezaba en público el Santo Rosario, y conservándose limpio y libre de todo pecado, servía á los demás de ejemplo en toda clase de virtudes. Y cuando se restableció en Francia el culto público de la Religión, Juan, que contaba á la saz6n diecisiete años, fué confirmado por el Cardenal Fesch, Arzobispo de Lyon, añadiendo entonces á su primer nombre el de BAUTISTA, y determinando hacerse sacerdote. Grandes y casi insuperables dificultades experimentó en los estudios, y para vencerlas emprendió una piadosa peregrinaci6n al sepulcro de San Francisco de Regis, buscando por todas partes el sustento, y por dondequiera que pasaba era objeto de injurias y maldiciones.

Pero desde entonces, como queriendo Dios premiar tan grande humildad, se vió notoriamente que aprendía con más facilidad las lecciones; y habiendo logrado vencer

con admirable constancia los graves impedimentos que entonces se le presentaron, pudo al fin ingresar en el Seminario Mayor de Lyon. Confiado en el divino auxilio, que diariamente impetraba, se entregó allí al estudio de las ciencias sagradas; y examinado de ellas, fué juzgado bastante idóneo para ser ordenado de Presbítero, premio debido á su laboriosidad. Porque, conociendo él ser ya de edad adulta, y andar atrasado en algunas asignaturas, puso en ejercicio todas sus fuerzas, principalmente con las oraciones y el estudio, para que no se le negase la facultad de ofrecer la Hostia sacrosanta á la Majestad Divina. Y cumplido éste su ardentísimo deseo, se vió entonces claramente el espíritu sacerdotal de Juan; pues desde luego atrajeron la admiraci6n de todos hacia él, su caridad para con los pecadores y los pobres, su celo y cuidado de día y de noche en oír las confesiones de los penitentes, y los consejos sabios y prudentes que daba á toda clase de personas. Pero el campo en que el Venerable Siervo de Dios había de recoger frutos de vida eterna durante cuarenta y dos años, fué el pueblo de *Ars*, en la di6cesis de Belley, adonde fué enviado Juan como un ángel del Cielo, á los tres años de haber recibido los Sagrados Ordenes. Dos cosas, en primer lugar, se propuso este Venerable: restablecer el culto religioso y servir muy afectuosamente á sus fieles, y perseguir este fin, no sólo desde lo alto de la Cátedra del Espíritu Santo, sino también en el confesonario á los que se acercasen á purificar sus almas. A este efecto, promovió por modo extraordinario el culto del Santísimo Sacramento, y la piedad tierna y filial de la Virgen María, al mismo tiempo que se propuso con la mayor solitud hacer cumplir los preceptos de Dios y los de la Iglesia; de donde sucedió muy luego que asistía entonces á Misa, en los días de trabajo, mayor número de fieles que

antes en los días festivos. Procuró se aumentase el ornato del templo parroquial, y privándose hasta de lo necesario para su sustento, hizo que todos sus bienes y emolumentos, recibidos algunas veces maravillosamente, se empleasen en asegurar y embellecer el templo. Y no se satisfizo con esto, pues se propuso además que desaparecieran tres males, que ponían en peligro la salud eterna de sus fieles, á saber: la profanación de los días festivos, el uso descarado de los bailes, y la asistencia frecuente á las tabernas. Hizo cuanto pudo el Siervo de Dios para resolver esta cuestión con equidad y afabilidad para mover los ánimos, á fin de conseguir aquellos fines; y sin perdonar trabajos ni lágrimas, consiguió, por último, de sus fieles, con gran gozo suyo, que se apartasen de tan malas costumbres. Tan pequeño pueblo parecía entonces una ciudad bien fortificada contra los errores que en tan tristes tiempos se propalaban por todas partes, no menos que contra la desenfrenada licencia de costumbres. Aún hizo más: la devoción de los fieles hacia las imágenes de los Santos á quienes el venerable varón había dedicado los altares de su templo, creció más y más cada día, y ya por medio de las Cofradías piadosas, por él instituidas, ya por la frecuente recepción de los Sacramentos, era tan pequeña aldea considerada por todos como un feliz asilo de las virtudes cristianas. La santidad de tan esforzado varón no podía estar oculta por mucho tiempo, sino que divulgándose por todas partes, hizo muy en breve que este hombre extraordinario fuese llamado á otras regiones á predicar é instruir al pueblo sobre las cosas divinas. Y así, habiendo comenzado Juan á predicar en distintos puntos, en unos enjugaba lágrimas, en otros daba consejos, acogiendo á todos con bondad, de donde provino aquel vehemente afecto hacia su persona; y esto hizo que acudieran al pueblo de Ars

innumerables fieles, hasta de lejanos lugares, á consultar con su Cura. Mas no por atender en primer término á las almas se olvidaba de los cuerpos; pues habiendo visto entre los demás pobres á algunas jóvenes huérfanas y á otras casi abandonadas, gastó todos sus bienes de familia en establecer una casa de caridad, dándola el nombre de *Providencia*. Y verdaderamente la Providencia era quien sostenía esta casa; porque habiendo estado muchas veces en extrema necesidad, fué otras tantas provista de lo preciso por modo extraordinario. Y si tuvo Juan cuidado de los campos ajenos, no por eso dejó sin cultivo el suyo, pues aspirando siempre á la suma perfección cristiana, logró alcanzar en ella nuevos y mayores grados. Dormía pocas horas, y no sin mortificación, sobre unas tablas cubiertas con un sencillo cobertor; se alimentaba con viandas pobres y desabridas, absteniéndose no pocas veces por completo de ellas; y, por último, usaba un solo vestido, y éste viejo y roto. Añádase á lo dicho que contrariaba su voluntad hasta en las cosas más pequeñas, mortificándose con disciplinas y con otros especiales tormentos. Y de esta manera brillaban cada día más las virtudes de varón tan invicto, que sabía juntar con el encendido amor á Dios, á la Santísima Virgen María y á las almas del Purgatorio, tan grande caridad para con el prójimo, y desprecio tal de sí mismo, que, poniendo en Dios enteramente su pensamiento, y extenuado su cuerpo, parecía claramente que no vivía en este mundo de modo alguno para sí, sino totalmente para bien de los demás. Pero en lo que más se manifestó el copioso fruto de su celo glorioso, fué en descubrir y dirigir las conciencias de los pecadores; pues así que comenzó á divulgarse por todas partes su fama, después de las sagradas campañas hechas en los pueblos circunvecinos, acudieron á él muchos fieles á

descubrirle en el sacramento de la Penitencia las llagas de sus almas, en número tan grande, que no cabían en el templo parroquial, ni podían hospedarse en el pueblo; y esto sucedió, no sólo de las provincias próximas ni por poco tiempo, sino que durante veinticinco años sin interrupción iban á confesarse con él fieles de todas las provincias de Francia, y hasta de Bélgica, de Inglaterra y de Alemania. Y eran personas de toda edad y condición las que, conmovidas por la santidad del Cura de Ars, acudían á él para ver y admirar á este varón enriquecido de los dones celestiales, que descubría las más íntimas afecciones de sus almas y predecía sucesos futuros. Nada intimidaba á estos fieles: ni el largo camino, ni el tiempo que en esto invertían, ni la muchedumbre de gentes, ni tener que pasar noches en vela: sufrían estas y otras muchas incomodidades con tal de poder oír palabras de consuelo del Siervo de Dios, teniéndose por muy satisfechos con sólo lograr verle y oírle, y hablar con él de sus miserias. Siempre se hallaba dispuesto, de día y de noche, para oír á cada uno en el confesonario, y con mucha frecuencia les dirigía pláticas morales. Explicaba al pueblo la palabra de Dios este varón escogido con tanta dulzura, con celo tan grande por la salvación de las almas y con tal espíritu de amor hacia las cosas del Cielo y hacia el hombre, que él primero, y después sus oyentes, derramaban copiosas lágrimas; y este santo deseo de los fieles, que en vano intentó Juan rehuir, y tan abundantes frutos de penitencia, no podían menos de hacer que el enemigo del género humano pensase en la ruina del varón santo. Y para inutilizar más fácilmente las fuerzas y el vigor de este héroe, se esforzaba el espíritu diabólico en interrumpir sus cortos sueños con todo género de ruidos y de gritos. Parecía á veces que la casa parroquial se movía hasta en sus más

profundos cimientos, y como que casi se derrumbaba; y mientras que los familiares de Juan, que todo esto veían y oían, temblaban todos de pies á cabeza, él solo permanecía firme con ánimo sereno, sin manifestar el menor pavor ante las engañosas artes del demonio. Mas el espíritu malo, que había salido derrotado en esta batalla, persiguiendo á Juan con mayor odio, le preparó nuevas emboscadas. Ganó á este efecto á algunos de los compañeros del Venerable, excitándolos á que le objetasen con su ignorancia, declarasen como intempestivo su ardiente deseo por la salvación de las almas, y que se lo imputasen á culpa. Juan, empero, como santo y humildísimo, recibió tales acusaciones con espíritu tan modesto y con tal agrado, y con tanta sinceridad se reconoció digno de todo castigo, que sus mismos enemigos se convirtieron en admiradores suyos, brillando la excelente virtud del Cura de Ars con nuevos esplendores. Pero en medio del combate cayó al fin tan bravo soldado; pues un día, después de haber estado sentado en el confesonario, como de costumbre, cerca de diecisiete horas, extenuado por sus trabajos más que por su edad, se sintió gravemente enfermo. Por lo que, previendo que se le acercaba el fin de su vida, se puso totalmente en manos de Dios, dando ejemplos extraordinarios de paciencia y de las demás virtudes cristianas; y próxima ya su muerte, después de haber recibido con suma devoción por Viático la Sagrada Comunión, que él mismo había pedido, y la Extremaunción, y de bendecir con mano trémula las obras comenzadas en su Parroquia y á los Misioneros, sus coadjutores, murió muy tranquilamente en el Señor el día de Santo Domingo de Guzmán, confesor, del año 1859. La multitud de fieles que día y noche habían suplicado al Señor con todo género de oraciones por la salud de su Párroco, cayó en profunda tris-

teza y aficción, aquietándose únicamente con el consuelo de que, si habían perdido un apóstol en la tierra, tenían en el Cielo un intercesor poderoso. El cuerpo del Venerable, que todos deseaban ardientemente ver y besar, estuvo expuesto durante dos días; pasados los cuales, con asistencia, no sólo de fieles de toda clase, sino también de muchísimas personas del Clero, que de todas partes habían acudido á honrar los funerales, fué llevado solemnemente como en triunfo y enterrado en el templo parroquial. Aumentando desde este día cada vez más la fama de santidad de este héroe, y en virtud, además, de los celestiales prodigios con que Dios manifestaba haberla confirmado, fué admitida por la Congregación de Sagrados Ritos la Causa de su Beatificación y Canonización; y después de haber ésta pasado debidamente por todas las pruebas, según las reglas ordinarias y apostólicas del proceso, Nuestro Predecesor, de feliz memoria, León Papa XIII, por solemne Decreto de 26 de Julio de 1896 declaró que Juan, Venerable Siervo de Dios, había resplandecido por sus heroicas virtudes. Comenzóse luego á tratar de los milagros que se decía haber hecho Dios por su intercesión, y examinadas todas las cosas en juicio severísimo, se discutió acerca de ellos en tres Congregaciones, en la última de las cuales, celebrada ante Nós el 26 de Enero del año corriente, Nuestros Venerables Hermanos, los Cardenales de la Santa Romana Iglesia, Prefectos de los Sagrados Ritos, los Obispos Oficiales y Padres Consultores, dieron todos ellos voto favorable. Nós, sin embargo, diferimos manifestar nuestro dictamen en un asunto de tanta importancia, é hicimos saber á los presentes la necesidad de pedir humildemente las luces del Espíritu Santo, para conocer la voluntad de Dios. Y hecho esto, por otro solemne Decreto, publicado el 21 de Febrero siguien-

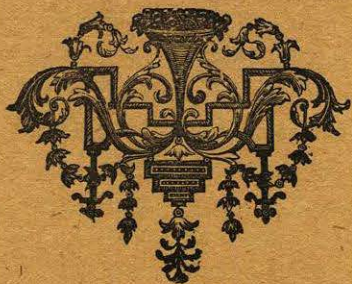
te, declaramos ser evidentes los dos milagros hechos por Dios, por la intercesión del Venerable Juan. Después de lo cual una sola duda quedaba por proponer, es á saber: si este Venerable Siervo de Dios debía ser incluido en el número de los Bienaventurados del Cielo. La cual duda fué propuesta por Nuestro amado Hijo Francisco Desiderato, de la S. R. I. Cardenal Mathieu, Relator de la Causa, en la Congregación general celebrada ante Nós el 8 de Marzo de este mismo año; y todos cuantos se hallaban presentes, así Cardenales como Consultores de la Congregación de Sagrados Ritos, por unanimidad contestaron afirmativamente. Pero Nós creímos aún que debían reiterarse las preces para obtener Nós los celestiales auxilios, á fin de dar sentencia en negocio tan grave. Por fin, en la segunda dominica después de Pascua (10 de Abril), en cuyo Evangelio se presenta á Jesucristo como ejemplar y modelo de Buen Pastor, que *da su vida por el bien de sus ovejas...*; en virtud de Nuestra Autoridad declaramos que seguramente podía procederse á la Beatificación solemne del Venerable Siervo de Dios Juan Bautista María Vianney. Por todo lo cual, y de conformidad con las repetidas instancias del mundo católico, en especial de los de Belley y de Francia entera, en virtud de Nuestra Autoridad Apostólica, por las presentes Letras damos facultad para que en adelante sea llamado BEATO el Venerable Siervo de Dios Juan Bautista María Vianney, Párroco del pueblo de Ars... Dado en Roma, en San Pedro, bajo el Anillo del Pescador, á 8 de Septiembre de 1904, año segundo de Nuestro Pontificado.—Lugar del sello.—Luis, *Cardenal Macchi.*»

Y por fin, el 8 de Enero de 1905 fué solemnemente Beatificado el humilde Párroco de Ars, siendo indudable que, después de la de San Vicente de Paul, ninguna otra

beatificación se ha celebrado en Francia y fuera de ella, con más alegría que la de este ejemplar Sacerdote.

Posteriormente, por Decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, de 12 de Abril del año 1905, se ha dignado Su Santidad declarar al Beato Juan María Bautista Vianney, Patrono celeste de los Párrocos de Francia y de sus dominios en el extranjero; y facultar dentro de los mismos territorios de Francia para exponer á la pública veneración las imágenes y reliquias del Beato, con licencia del respectivo Ordinario, y disponer que su fiesta se celebre en Francia con rito doble menor; y en la diócesis de Belley, con rito doble mayor, tanto para el Clero secular como para el regular, con Oficio y Misa propios, aprobados por la Autoridad Apostólica.

Y por Decreto de la citada Congregación, de 10 de Junio de 1905, se dignó Su Santidad declarar al Beato Vianney Patrono de los Párrocos de la diócesis de Madrid-Alcalá.



FLORECITAS DE ARS

PENSAMIENTOS DEL B. VIANNEY

Versión de G. Villota, Canónigo de Burgos.

Sicut odor agri pleni...

PREFACIO

Id, florecitas, adonde la mano de Dios os envía. Esparcid vuestros perfumes, embalsamad las almas: FLORETE FLORES, DATE ODOREM, ET FRONDETE IN GRATIAM.

No seáis de aquellas flores que nacen y mueren en un mismo día. Fructificad, y que vuestros frutos sirvan de semilla.

Como germen fecundo que se desarrolla en bella flor y árbol frondoso, así cada una de estas palabras, cayendo en corazones rectos, entreábrase y desenvuélvase, fecundada por la reflexión y la oración, al calor del alma. ¡Brote de cada un tallo nuevo, y extienda sus ramas cargadas de frutos de honor y santidad! FLORES MEI, fructus honoris et honestatis. Así sea.

A. MONNIN, J. S.